

# LOS GUETOS PRODIGIOSOS

POR LUISGÉ MARTÍN

Veinte años, en contra de lo que dice el tango de Gardel, son una barbaridad. Aunque parezcan pasar a una velocidad cada vez más vertiginosa, dejan secuelas de todo tipo y transformaciones a veces inconcebibles. En Suecia –los nórdicos siguen estando a la vanguardia del bienestar social, aunque se suiciden mucho– acababan de inaugurar el primer centro europeo para la tercera edad LGTB. Es decir, la primera residencia en que un jubilado gay puede refugiarse sabiendo que su entorno no solo será respetuoso con sus inclinaciones sexuales –que a esa edad, por lo demás, comienzan ya a inclinarse definitivamente–, sino que comparará con él una forma de vida, unas costumbres y unos gustos parecidos.

Hace veinte años ya se hablaba mucho del gueto gay y ya había, como ahora, partidarios y detractores. La historia ha dado la razón a los partidarios, porque es evidente que los guetos, en España y en el mundo, han constituido el núcleo de fuerza sobre el que se han ido asentado todas las reivindicaciones, las luchas políticas y las conquistas gays, además de constituir –que no es poca cosa– el espacio urbano en el que muchos homosexuales podían alcanzar su felicidad individual. Ahora resulta difícil de creer en una ciudad como Madrid, pero hace veinte años todavía era necesario buscar el cobijo de unos determinados bares y de unas calles medio oscuras para poder encontrar la dignidad. Así empezaron los cristianos hace veinte siglos, en las catacumbas, y a la vista está que no les fue mal la experiencia.

Algunos creen hoy que ya no es tiempo de guetos. Es posible que antiguamente fueran útiles, dicen, pero ahora ya solo sirven para provocar el rechazo social y automarginar a la comunidad gay. Yo no estoy muy seguro de que sea así. No estoy muy seguro ni siquiera del significado de la palabra ‘gueto’. Las peluquerías femeninas no son más segregadoras

que las unisex, y las academias de alemán no resultan más anacrónicas ni perniciosas que las que imparten todo tipo de idiomas. Simplemente buscan en la singularidad su propio espacio, su utilidad social. Del mismo modo que en la academia de alemán la metodología será más afinada que en las demás, en los bares gays sabremos que todos los hombres que vemos en la barra podrían caer rendidos en nuestros brazos, y en los centros de la tercera edad LGTB, donde a pesar de los avances de la reproducción asistida seguirá habiendo más individuos sin hijos, encontrará quien lo necesite una forma distinta de curar la soledad de la vejez. No es segregación, sino eficacia.

Tal vez dentro de veinte años muchas de las cosas que ahora parecen razonables sean insensatas. El mundo gay es como el mundo tecnológico: los que nacimos antes de los años ochenta hemos aprendido a manejar incluso con habilidad los ordenadores y los *smartphones*, pero nuestra cabeza sigue teniendo costuras analógicas. Los llamados nativos digitales nacidos ya en este siglo, sin embargo, han aprendido a pensar de otra forma. Lo mismo vale para las emociones: quienes crecimos con miedo a que se supiera que éramos gays hemos llegado en muchos casos a vivir con normalidad, a casarnos, a exteriorizar sin vergüenza todo lo que sentimos, pero hay unas cicatrices negras que nunca desaparecerán. Por eso sigue teniendo sentido que existan centros de tercera edad como el de Suecia. Quizás en 2050 sean ya estrafalarios, pero para entonces estaremos muertos.

Esos años que han cambiado el mundo para la comunidad LGTB son los años de Shangay Express. Veinte años de buenas noticias. A pesar, eso sí, de Ana Botella.

**LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA OBRA PUBLICADA ES EL LIBRO DE RELATOS TODOS LOS CRÍMENES SE COMETEN POR AMOR (EDITORIAL SALTO DE PÁGINA).**